



LA INTENSA RELACIÓN DE NIETZSCHE CON DOSTOIEVSKI

Joan B. Llinares

El profundo parentesco que manifiestan las obras y las personas del novelista ruso Fiódor M. Dostoievski (1821-1881) y del filósofo alemán Friedrich Nietzsche (1844-1900), así como las notables discrepancias que se perciben en sus diferentes propuestas, e incluso en el tratamiento de sus graves enfermedades y en la contrastada silueta que dibujan sus vidas, constituyen por sí mismas una fascinante cuestión hermenéutica de amplio espectro que nos sigue interpelando. Ese aleccionador reto lo detectaron muy pronto sus primeros lectores y comentaristas, como ya hizo Georg Brandes en un temprano ensayo sobre la obra de Dostoievski, publicado en danés en 1888. La tendencia a comparar y a conjuntar las reflexiones de ambos creadores se concretó a comienzos del siglo XX, y en ella sobresalieron unos cuantos pensadores rusos, como Lev Schestov (o León Chestov, como se le suele citar en castellano) y Nikolai Berdiaev. Desde entonces, esa tarea sigue abierta y cuenta con amplia bibliografía internacional. K. Schlechta y H. W. Reichert reseñaron en 1968 unos 30 libros y artículos sobre las relaciones entre ambos autores. Aunque en la actualidad ya no esté de moda el existencialismo de la posguerra, momento en el que, como demuestran los ensayos y los dramas de Albert Camus, se los reconocía como cualificados ante-

cesores, el interés por analizarlos no ha disminuido, al contrario, se ha acrecentado en las últimas décadas, bastaría revisar para ello, por ejemplo, la bibliografía italiana, que es especialmente elocuente al respecto.¹ No nos estamos refiriendo a una mera información enciclopédica o erudita en torno a dos insignes cadáveres, o a dos temas de programa académico obligatorio de historia, literatura o filosofía contemporáneas, porque la desasosegante incidencia de fanatismos y terrorismos, o dicho con mayor precisión, del *nihilismo* y sus nefastas devastaciones en el tiempo en que vivimos, nos obliga a releer sus textos y a reinterpretarlos, a dialogar con ellos y a meditar y discutir sus diagnósticos. Ciertamente, los estudios culturales, es decir, las humanidades de clásico cultivado, no son un lujo o un mero pasatiempo, sino el esqueleto que sostiene nuestra formación, el fundamento de la capacidad crítica que posibilita que nos orientemos en la vida con argumentos y criterio propios.

Por desgracia, no se dispuso en todo momento de información textual fidedigna sobre la relación que une a Nietzsche con Dostoievski, a saber, la que documenta la lectura que a partir de 1886-1887 hizo el filósofo de varias obras del novelista, quien había fallecido en 1881, con los juicios explícitos que le merecieron esos textos y la notoria influencia que desde ellos se detecta en su obra de madurez, tan crucial y abundante como contundente y acelerada. El principal obstáculo fue la incorrecta pretensión de los primeros responsables del Archivo Nietzsche de ocultar en lo posible los rastros de tal encuentro, insistiendo obsesivamente en la poderosa originalidad del filósofo, como si el reconocimiento de las múltiples lecturas que llevó a cabo en el proceso de elaboración de sus escritos la pusiera en duda. De ese modo las diferentes reseñas que Nietzsche extraía de los varios libros que leía desde su autonomía y aguda sensibilidad parecían un producto absoluto de su portentosa imaginación, aunque las frases con las que los resumió aumentarían los sinsentidos y las contradicciones de su genuino filosofar. De ahí también que aquéllos alteraran varios fragmentos en la manipulada edición de los textos de su legado, como si al redactarlos el pensador no hubiera sabido precisar adecuadamente lo que quería decir, usando expresiones y palabras inapropiadas. Recuérdese al respecto la censura que se llevó a cabo con el adjetivo “idiotia”, en especial si servía para calificar a la persona de Jesús de Nazaret, o a la del filósofo Kant, pues a esos ignorantes editores sólo les sonaba como una blasfemia o un grave insulto, cuando venía a ser una señal de aprovechamiento sutil y precoz de lo que en Europa por entonces se decía que el escritor ruso había presentado en la figura de un príncipe excéntrico, sensible y enfermizo, sublime e infantil, de acusada fe ortodoxa, en la novela que lleva ese arriesgado título.² Para subsanar esas abusivas intervenciones se necesitó la edición crítica y completa de las obras, los fragmentos póstumos y el epistolario de Nietzsche, tarea que, en lo fundamental, llevaron a cabo G. Colli y M. Montinari en torno a los años setenta del pasado siglo. Por suerte, parcelas de la correspondencia del filósofo, publicadas durante las primeras décadas del siglo XX, ya posibilitaban asegurar que había sido un lector entusiasta del gran escritor, como bien lo demostraban, por ejemplo, las hermosas cartas a su leal amigo, el profesor de Basilea Franz Overbeck.

A partir de la citada edición crítica, el estudio de los *fragmentos póstumos* de los últimos años de vida lúcida del filósofo ha permitido comprobar que éste leyó con cuidado y entresacó muchos pasajes de la novela de Dostoievski *Los demonios* , sirviéndose de la traducción francesa de la época, *Les Possédés (Bési)* , como ratifica la serie de fragmentos que va del 11[331] al 11[351], y algunos más que se hallan en el cuaderno de notas de noviembre de 1887 a marzo de 1888.³ En

DOSSIER



JOAN B. LINARES LA INTENSA RELACION DE NIETZSCHE CON DOSTOIEVSKI

muchos de estos fragmentos las citas de la obra de Dostoevski son literales, directas, inequívocas. Bastaría este bloque de anotaciones para afirmar que el escritor ruso fue uno de los interlocutores principales de Nietzsche durante esos años decisivos de su vida y de su obra, más aún, que fue un interlocutor al menos de no menor incidencia textual en esos cuadernos que la que tuvieron los hermanos Goncourt con su *Diario*, Baudelaire con sus *Obras póstumas*, Tolstói con su ensayo confesional *Mi religión*, Renan con su *Vida de Jesús* o Julius Wellhausen con los *Prolegómenos a la historia del pueblo de Israel*. Esta afirmación no es una apuesta hermenéutica que se fundamente en lecturas indirectas o en indicios hipotéticos, no es ninguna tesis aventurada y ocurrente que esté en discusión, en modo alguno, es sencillamente una constatación documentada y probada, una realidad fáctica que nos encamina a la impostergable tarea de dilucidar el impacto y las consecuencias de tan apasionado diálogo con un escritor polémico y polifónico como Dostoevski en el conjunto de la obra del filósofo.

A esa destacada cantidad de *notas póstumas explícitas* se añaden varias muestras bien patentes de reconocimiento y de magisterio en las *obras publicadas* por Nietzsche o preparadas por él para su publicación, la más conocida de las cuales quizá sea este célebre pasaje de *Crepúsculo de los ídolos*:

Para el problema que aquí se presenta [a saber, el problema del criminal y de lo que le es afín] es de importancia el testimonio de Dostoevski —de Dostoevski, el único psicólogo, dicho sea de paso, del que yo he tenido que aprender algo: él es uno de los más bellos golpes de suerte de mi vida, aun más que el descubrimiento de Stendhal. Este hombre profundo, que tenía diez veces derecho a menospreciar a los superficiales alemanes, recibió una impresión muy distinta de la que él mismo aguardaba de los presidiarios de Siberia, en medio de los cuales vivió durante largo tiempo, todos ellos autores de crímenes graves, para los que no había ya ningún camino de vuelta a la sociedad —le dieron la impresión, más o menos, de estar tallados de la mejor, más dura y más valiosa madera que llega a crecer en tierra rusa.⁴

De este texto quisiera que retuviéramos unos cuantos detalles, al margen de la insoslayable cuestión del tratamiento del tipo del ‘criminal’, que es el contexto en que aparece y en el que los apuntes y comentarios de Dostoevski son un documento de inapreciable valor, un testimonio de primera mano, fruto de los dolorosos hallazgos de su propia vida entre reclusos. *Primero*, que el Nietzsche que compone y redacta *Crepúsculo de los*

ídolos entre finales de agosto y finales de octubre de 1888 tiene conocimientos de la *vida* del escritor ruso, concretamente de la experiencia siberiana de Dostoevski como presidiario, ya que, como veremos, había leído las *Memorias de la casa muerta*. *Segundo*, que a éste lo considera un “hombre profundo”, un “psicólogo” tan excepcional y singular que es el “único” del que ha tenido algo que aprender, por lo cual no sería incorrecto afirmar que el mismo Nietzsche, sí, que incluso Nietzsche, tan autoconsciente del crédito que le merecían su sabiduría y su inteligencia, se consideraba un discípulo del novelista ruso en dicha materia, la *psicología*, sobre todo si la comprendemos tal como él la entendía y practicaba, esto es, como morfología y como teoría de la evolución de la voluntad de poder, y también, diciendo esto mismo de otro modo, como el camino que conduce a los problemas fundamentales.⁵ *Tercero*, que Dostoevski está en los antípodas de los alemanes, y que, por consiguiente, este gran escritor estaría cargado de motivos para menospreciarlos porque éstos son superficiales, lo contrario de lo que a él le caracteriza, la profundidad. Y *cuarto punto*, que el hecho fortuito de encontrarlo ha sido “uno de los más bellos golpes de suerte” de la vida del pensador, todavía más que el descubrimiento de Stendhal. Como es bien sabido, Nietzsche deseaba convertir el azar en destino y amarlo —*amor fati*—, y en este sentido trató de que el hallazgo casual del autor ruso se tornara en fortuna a estimar, en fuente de dones y enseñanzas para su obra. Ahora bien, habrá que precisar por qué dicho encuentro supuso tal belleza, o tal cúmulo de lecciones, en la biografía y el pensamiento del filósofo, de manera que superara incluso lo mucho que le satisfizo la lectura del extraordinario escritor francés Stendhal, el autor de *Rojo y negro*, quien también fue consciente de su talante minoritario y póstumo.

Deseamos subrayar esta notable *confesión*, que aparece además en la obra publicada por Nietzsche a modo de fragmento anticipado de lo que será su *Ecce homo*. Es muy elocuente que el autor de *La genealogía de la moral* enumere como los dos descubrimientos afortunados más significativos de su vida de filósofo errante, liberado tanto de las cargas docentes de la cátedra de filología clásica como de los magisterios de Wagner y Schopenhauer, las lecturas apasionadas de dos escritores, Stendhal y Dostoevski. La íntima necesidad de la mejor literatura para la filosofía moral antimoderna que practicaba Nietzsche confirma, así pues, la bella lección magistral que pronunció el profesor Montoya en el acto de apertura del curso académico 2007-2008, cuando en su parte final recomendaba que nos interese por los resultados de tales encuentros, como el del filósofo alemán con los trágicos griegos y con estos dos extraordinarios novelistas de la modernidad, porque las obras de los grandes escritores son como detalladas pinturas de las experiencias concretas de las personas, de los rasgos morales de los comportamientos más íntimos y secretos de los seres humanos, los cuales, gracias a la fuerza de la literatura, se hacen visibles y susceptibles de que reaccionemos imaginativamente ante ellos y los relacionemos con las exigencias de nuestras propias vidas.⁶

El maduro Nietzsche, como bien lo prueban los capítulos de *El Anticristo*, estuvo muy interesado en someter a crítica el cristianismo en sus diversas manifestaciones, y en interpretar con finura filológica y psicológica tanto la figura de Jesús de Nazaret como la de sus primeros discípulos y seguidores. En esa difícil tarea hermenéutica la aportación del novelista ruso fue para él de la mayor relevancia, pues como dice expresamente un pasaje del ‘Epílogo’ de *El caso Wagner*, “los Evangelios nos presentan exactamente los mismos tipos psicológicos que describen las novelas de Dostoevski”.⁷ Los fragmentos póstumos sobre la teoría nietzscheana del “tipo Jesús” insisten en esa correlación:

DOSSIER



JOAN B. LINARES LA INTENSA RELACION DE NIETZSCHE CON DOSTOIEVSKI

Qué pena que no hubiese un Dostoievski entre esa sociedad: de hecho, a lo que mejor corresponde la historia entera es a una *novela rusa* —lo morbosos, lo conmovedor, rasgos aislados de sublime extrañeza, en medio de lo disoluto y de lo suciamente plebeyo... (como María Magdalena[!]) (*Frag. póstumos vol. IV*, 11[378], p. 479).

Esa singular sociedad que aquí se reúne en torno a ese maestro de seducción popular corresponde propiamente en todos y cada uno de sus elementos a una novela rusa (*Frag. póstumos vol. IV*, 11[380], p. 481).

Los libros del escritor, por tanto, ayudaron a Nietzsche a criticar la interpretación que Renan había ofrecido de la vida de Jesús y a reconstruir la sociedad del cristianismo primitivo, e incluso a pensar las relaciones entre el concepto de la divinidad y la vida de un pueblo, desde la época primitiva del Antiguo Testamento judío hasta los miopes nacionalismos y la gran política posible en la actualidad.⁸ Estas tareas forman parte de la magna labor que el filósofo denominó “transvaloración de todos los valores” y que tomó cuerpo al final, como es sabido, en la atrevida y combativa redacción de *El Anticristo*.

En el legado nietzscheano tenemos más datos que pormenorizan ese afortunado hallazgo y los comentarios que le provocó, pero para ello hemos de acudir a la valiosísima *correspondencia* del filósofo. El nombre de Dostoievski aparece citado por vez primera por Nietzsche en su carta a Franz Overbeck desde Niza, el 12 de febrero de 1887, en una nota escrita al margen, que dice: “¿Te he hablado de H. Taine? ¿Y de que me encuentra *infiniment suggestif*? ¿Y de Dostoievski?”⁹ Al día siguiente, el 13 de febrero de 1887, en la carta a Heinrich Köselitz, a quien él llamaba Peter Gast, añade a similar pregunta sobre el autor ruso dos de los rasgos que ya conocemos, la positiva asociación con Stendhal y su valía como psicólogo: “¿Conoce usted a Dostoievski? Excepto Stendhal, nadie me ha causado tanto contento (*Vergnügen*) y sorpresa: un psicólogo con el que “yo me entiendo” (KSB, 8, p. 24). Diez días después, siempre desde Niza, el 23 de febrero de 1887 redacta una nueva carta a Overbeck, en la que amplía significativamente sus juicios sobre el escritor:

De Dostoievski yo no conocía ni el nombre hasta hace pocas semanas —¡yo un hombre desinformado (*ungebildeter*) que no lee “periódicos”! Un zarpazo casual en una tienda de libros me puso ante los ojos su obra *L'esprit souterrain*, recién traducida al francés (¡algo igual de casual me ocurrió con Schopenhauer cuando yo tenía veintiún años,

y con Stendhal cuando tenía treinta y cinco!) El instinto de afinidad (*Verwandtschaft*) (¿o qué nombre le daré?) dejó oír su voz enseguida, mi alegría fue extraordinaria: tengo que retrotraerme a mi conocimiento de *Rouge et noir* de Stendhal para recordar una alegría igual. (Son dos relatos, el primero, propiamente una pieza de música, de una música *muy* extraña, muy poco alemana (*sehr undeutscher Musik*); el segundo, un alarde genial de psicología, una especie de autoescarnio del *gnóthi sautón* [*conócete a ti mismo*]). Dicho sea de paso: esos *griegos* tienen mucho en la conciencia —la falsificación fue su oficio propio, toda la psicología europea entera se pone enferma por las *superficialidades* griegas; y sin ese poquito de judaísmo etc. etc. etc. (KSB, 8, pp. 27-28).

Esta carta es uno de los documentos que han servido para plantearse la fecha probable del encuentro de Nietzsche con la obra de Dostoievski. El 23 de febrero el filósofo confiesa que desconocía incluso el nombre del escritor hasta “hace pocas semanas”. Si no hay exageración por su parte, eso puntualiza que el hallazgo casual de un libro del ruso en reciente traducción francesa en una librería de Niza tuvo que haber tenido lugar a comienzos de enero de 1887 o bien hacia finales de diciembre de 1886. Seguramente el título le impresionó como un signo de atención que despertaba irresistiblemente su curiosidad. Por ese motivo, según algunos intérpretes, en la primera línea del prólogo a la segunda edición de *Aurora*, fechado en “Ruta junto a Génova, en el otoño del año 1886”, pero corregido de hecho a finales de ese año, ya aparecería la huella del encuentro con Dostoievski, porque el comienzo de tal prólogo contiene una clara alusión al “espíritu subterráneo”, esto es, al título del libro del novelista: “En este libro se encontrará a un ‘subterráneo’ trabajando, alguien que cava, que perfora, que mina”.¹⁰ Es perfectamente posible que esta afirmación surgiera del impacto de esa lectura reciente, aunque no es necesario tal influjo para que se formulase en tales términos, ya que en la obra de Nietzsche, desde mediados de los años setenta, hay reiteradas ejemplificaciones de la figura de ‘viejo topo’ que labora en los sótanos y subterráneos, excavando en lo oculto y escondido, en lo sucio y lo gris, sacando a luz lo “humano, demasiado humano” de los comportamientos documentados de los hombres en la historia, sin que para ello hubiera tenido que leer ese libro del gran escritor. Ambos, de manera autónoma y personalísima, coincidirían en el ejercicio de tales ensayos antropológico-críticos, en aplicar idéntica perspectiva corrosiva y demoledora, que destroza los pies de barro de tantos ídolos. De ahí la presencia en ambos de metáforas en torno al subsuelo y los bajos fondos, al lugar en el que se encuentran las raíces, la tierra nutricia y el estiércol, las pulsiones animales, los ritmos corporales y la oscuridad, a ese trasfondo orgánico repleto de recuerdos y deseos insatisfechos, de sueños y pesadillas, en una palabra, de todo aquello que se pretende ignorar y suele pasarse por alto, dejándolo encerrado en una especie de ratonera, de lagar efervescente en el que late, vivo y enérgico, el inconsciente.

Ahora bien, ¿le era desconocido al filósofo incluso el nombre de Dostoievski hasta pocas semanas antes de ese 23 de febrero de 1887? Quizá no. Las más sagaces y aventuradas insinuaciones de los especialistas apuntan a cierto fragmento de la novela *El adolescente* del escritor ruso aparecido en *Der Bund* de Berna los días 16 y 17 de septiembre de 1886, una publicación que reseñó críticamente libros de Nietzsche y a la que éste se refiere en varias cartas y hasta en *Ecce homo*,¹¹ e incluso a cierto periódico literario, *Gil Blas*, ocasionalmente leído por Nietzsche, que el 9 de noviembre de ese mismo año publicó una interpretación de *Los demonios*. Hay que añadir que ya en junio de 1886 había aparecido en París el libro de Eugène M. M. de Vogüé *Le Roman russe*, publicado por la edi-

DOSSIER



JOAN B. LINARES LA INTENSA RELACION DE NIETZSCHE CON DOSTOIEVSKI

torial de la Librería Plon, importante ensayo pionero que contenía un capítulo dedicado a Dostoievski y que recogía un artículo, datado el 1 de enero de 1885, publicado anteriormente en la *Revue des Deux Mondes*, revista a la que el filósofo tenía estima. Acaso también convenga recordar que desde 1873 Nietzsche conocía la existencia del nihilismo ruso por haber leído la novela *Padres e hijos* de Turguenev, y que tanto por su amistad con Malwida von Meysenbug como por sus diálogos y su particular convivencia con una joven de ascendencia rusa, Lou von Salomé, parece sensato suponer que sabría de la cultura de ese pueblo, de sus extrañas costumbres y su música tan conmovedora, y también, cómo no, de la vida y la obra de otros importantes escritores rusos coetáneos de Dostoievski, como Alexander Herzen.

La citada carta a Overbeck correlaciona tres hitos, tres sorpresas decisivas en la vida intelectual de Nietzsche, a saber, los hallazgos casuales de Schopenhauer (*El mundo como voluntad y representación*), en el otoño de 1865 en Leipzig; de Stendhal (*Rojo y negro*), catorce años después, en 1879, y de Dostoievski (*L'esprit souterrain*) en ese invierno de 1886-1887. Se podría añadir que otra carta a Overbeck, la del 30 de julio de 1881, también presenta el descubrimiento de Spinoza por parte de Nietzsche como si el judío hispano-holandés fuera un "precursor" o "anteesor" de su modo de pensar, y califica su sorpresa y su fascinación por ese filósofo, que hasta entonces era casi desconocido para él, como una "acción instintiva" (*Instinkhandlung*) (KSB, 6, p. 111). El reiterado recurso a tales fórmulas no disminuye la importancia del encuentro con el novelista ruso, más bien el hecho de que aparezca situado en compañía tan selecta ratifica la calidad que se le atribuye con gran presteza y por un único botón de muestra de su literatura, por un solo libro bastante peculiar.

Impresiona, en efecto, la rapidez con la que el filósofo realza la magnitud de Dostoievski en su vida, como si la lectura de ese volumen le hubiera descubierto a un literato excepcional de enorme interés, o como si esa obra hubiera sido el incentivo para conseguir otras y adentrarse así en la lectura de una serie de textos de un escritor que al punto considera magistral y fundamental. El motivo de ese fuerte reconocimiento es, por supuesto, muy personal, en absoluto deudor de modas y corrientes literarias: el fino olfato de Nietzsche ha detectado de inmediato que está ante un talante instintivamente afin, que tanto él como el autor ruso tienen un claro parentesco, un aire de familia en su forma de ser y de pensar, y el hecho de comprobarlo le pro-

duce una alegría extraordinaria, un enorme placer, pues un gran artista coincide con él, ratifica sus hallazgos, complementa sus observaciones, en suma, comparte su perspectiva y le da la razón. Se abre aquí otro problema hermenéutico que requiere atención, exponer en qué radica esta *afinidad electiva* que Nietzsche afirma que existe entre ambos, entre él y Dostoievski, indicar en qué sentido ellos son almas gemelas, hermanos o parientes cercanos en lo hondo, en lo instintivo, en sus talentos vitales, por decirlo así, tal y como éstos se manifiestan en sus respectivas producciones. En efecto, uno y otro son reacios a comulgar con valores ensalzados por la modernidad europea, por ejemplo, la filosofía de la conciencia, la fe en el progreso, el idealismo, el iluminismo, el positivismo, el utilitarismo, el socialismo, etc. En otras palabras, ambos desconfían del aura que solía acompañar tanto a la "Ilustración" francesa, alemana y escocesa y al "Romanticismo" subsiguiente, como a la consabida expresión "civilización occidental", tan utilizada por entonces; a los dos se les ha reconocido similar insistencia en dimensiones trágicas de la vida humana, en parte elucidadas posteriormente por las investigaciones de Freud y por la literatura y la filosofía de la 'vida' y la 'existencia'. Piénsese, recordando en el escenario de la imaginación personajes y situaciones inolvidables de las obras del escritor ruso que quizá todos conocemos desde la adolescencia, en la epilepsia, la histeria, la esquizofrenia, la fiebre, los delirios y alucinaciones, la ludopatía, el alcoholismo, el fetichismo, las obsesiones y crímenes sexuales como los celos morbosos, la perversión de menores, la violación, el incesto, la prostitución... o en consecuencias tan atroces como la extorsión de los necesitados, los robos y los asesinatos, los incendios provocados, los suicidios, etc. Ante estas conductas malignas del ser humano, situadas en primer plano y descritas con fuerza y sutileza de analista experimentado, las optimistas perspectivas de la razón ilustrada parecen demasiado ridículas, miopes e insustanciales.

La carta a Overbeck ofrece una pista que coincide con el reconocimiento que ya vimos, esto es, que la literatura de Dostoievski, en especial en lo que se refiere a la segunda parte de *L'esprit souterrain*, es un "alarde genial de psicología", de una *psicología* que no está enferma por culpa de las superficialidades y falsificaciones griegas, y que lleva a cabo una especie de autoescarmiento del "conócete a ti mismo". Podemos entender, por tanto, que Nietzsche considera a Dostoievski un aliado en su trabajo de desenmascaramiento de las mentiras que se han extendido por toda Europa a lo largo de la historia del pensamiento occidental por culpa de la decisiva influencia de la filosofía griega, del socratismo y del platonismo en especial, que han alentado un autoconocimiento basado en falsedades e ilusiones, en una psicología mendaz, lejos de las finas artimañas de la vapuleada tradición judía. Dostoievski sería en este sentido un autor con una antropología profunda, veraz, innovadora, diferente y, por ello mismo, extraña, insobornable, trágica, similar a la que aflora en las obras de Nietzsche al insistir en el ignorado papel del cuerpo, de los afectos y sensaciones, de lo infraconsciente y lo pulsional, de lo fantasioso, lo enfermizo y lo natural-animal en los humanos.

La carta transcrita también explica que ese volumen contiene *dos relatos*, y el lector puede fácilmente interpretar, como así lo han hecho muchos comentaristas, que esas dos narraciones se refieren a las *dos partes* de que, en efecto, se compone el texto de la novela que conocemos como *Memorias del subsuelo*, una *primera* parte, titulada 'El subsuelo', ensayística y argumentativa, y una *segunda*, denominada 'A propósito del aguanieve', que es mucho más narrativa. Luego volveremos sobre esta equívoca cuestión, que suele darse por supuesta, pero que requiere importantes precisiones.

Unos diez días después, hacia el 4 de marzo de 1887, en la



DOSSIER



JOAN B. LINARES LA INTENSA RELACION DE NIETZSCHE CON DOSTOIEVSKI

carta a Emily Fynn, Nietzsche escribió:

Este invierno he reflexionado mucho sobre las propiedades anímicas (*Gemüths-Eigenschaften*) del pueblo ruso, gracias al eminente psicólogo Dostoievski, junto al cual, en lo que a la agudeza de los análisis se refiere, incluso el París más moderno no tiene a nadie a quien situar. Con él se aprende a amar a los rusos —se aprende también a temerlos. Son un pueblo que todavía no ha agotado sus fuerzas, como la mayoría de los pueblos europeos, ni las fuerzas de su voluntad ni las de su corazón (KSB, 8, p. 39).

Estas palabras subrayan la intensa dedicación a la lectura de Dostoievski durante ese invierno de 1886-1887, insisten en la finura de los análisis de éste, en su excelencia psicológica, superior a la que poseen los escritores franceses del momento (Baudelaire, los Goncourt, Flaubert, Zola, Renan, Paul Bourget, Guy de Maupassant, Anatole France, Pierre Loti... si nos guiamos por las repetidas referencias que se hallan en el legado del filósofo), y demuestran el interés y la fascinación que gracias al novelista siente Nietzsche por el *pueblo ruso*, una hermosa excepción en Europa por las fuerzas, todavía frescas y juveniles, que posee, por sus específicas propiedades anímicas, tanto en lo que se refiere a la *voluntad* como en lo que atañe al *corazón*, si lo formulamos con el vocabulario antropológico tan usado y querido por ambos autores. Podría hasta imaginarse que el filósofo compartiera las esperanzas del escritor en ese enorme país, repleto aun de estimables cualidades y tesoros, de poderes inexplorados que se harán de respetar y de temer, capaz de brindar una nueva posibilidad de emancipación para toda la humanidad.

Tres días después, el 7 de marzo de 1887, redactó una nueva carta a Heinrich Köselitz, que guarda paralelos con lo que hemos transcrito, y en ella amplía las informaciones:

Con Dostoievski me ha ocurrido lo mismo que anteriormente con Stendhal: el contacto más casual, un libro que se abre en una librería, desconocimiento incluso del nombre —y el instinto que repentinamente dice que aquí he tropezado con alguien afín (*einem Verwandten begegnet zu sein*).

Hasta ahora es poco todavía lo que sé de su posición, su fama, su historia: murió en 1881. En su juventud le fue mal: enfermedad, pobreza, pese a su ascendencia aristocrática; a los veintisiete años condenado a muerte, indultado en el mismo cadalso, luego cuatro años en Siberia, encadenado, en medio de autores de graves crímenes. Este tiempo fue decisivo: descubrió la fuerza de su intuición psicológica, es más, su corazón se endulzó y se profundizó con ello —su libro de recuerdos

de ese tiempo, *La maison des morts*, es uno de los “libros más humanos” que hay. Lo primero que he conocido de él, que acaba de aparecer en traducción francesa, se llama *L'esprit souterrain*, que contiene dos relatos: el primero, una especie de música desconocida; el segundo, un verdadero alarde genial de psicología — una pieza terrible y cruel de escarnio del *Gnothi sauton*, pero trazado con una audacia tan ligera y con tanto deleite de fuerza superior, que yo quedé totalmente ebrio (*ganz berauscht*) de contento. Entretanto, por recomendación de Overbeck, a quien pregunté en mi última carta, he leído además *Humiliés et offensés* (lo único que Overbeck conocía), con el máximo respeto por el *artista* Dostoievski. También he notado ya cómo la más reciente generación de novelistas parisinos está completamente tiranizada por el influjo de Dostoievski y por los celos con respecto a él (por ejemplo, Paul Bourget) (KSB, 8, pp. 41-42).

Sabemos, así pues, que Nietzsche ya conocía a comienzos de marzo de 1887 tres libros de Dostoievski, *L'esprit souterrain*, *La maison des morts* y *Humiliés et offensés*. La superioridad del autor ruso con respecto a sus colegas parisinos vuelve a destacarse, pues su calidad artística, tan respetable, está dotada de potente intuición psicológica y de dulzura de corazón, cualidades ambas desarrolladas por una juventud menesterosa y, sobre todo, por la terrible experiencia de los años de *presidio en Siberia entre criminales*, castigados por graves delitos. No nos debe pasar por alto que el filósofo sabe de la *ascendencia aristocrática* del escritor, a pesar de los *problemas económicos* y de los *ataques de la enfermedad* que le marcaron la existencia, tres rasgos que, es muy probable, asociaría consigo mismo, tal como se autointerpretaba, en su imaginada nobleza de origen polaco —“yo soy un aristócrata polaco *pur sang*” (EH, ‘Por qué soy yo tan sabio’, 3, p. 29)—, en la superación de sus dolencias e indisposiciones, y en sus muy concretas necesidades de pensionista errante por las caras ciudades del Mediterráneo francés e italiano, en las que solía residir durante el invierno por su clima benigno y su cielo sin brumas.

A finales de ese mes, el día 27 de marzo, en la postal enviada a Heinrich Köselitz, continúa el diálogo con ese discípulo y compositor en torno a las lecturas recomendadas del escritor ruso y las traducciones que ya existían de su obra:

...doy las gracias por la carta y la traducción de Dostoievski que llegó adjunta. Me alegra que Usted, probablemente, haya leído de él *en primer lugar lo mismo* que yo, —*La patrona* (en francés como primera parte de la novela *L'esprit souterrain*)... Le envío por mi parte *Humiliés et offensés*: los franceses traducen con más delicadeza que el horrible judío Goldschmidt (con su ritmo de sinagoga).¹²

En su interés sostenido por Dostoievski, Nietzsche ha comparado las traducciones alemanas y las traducciones francesas de obras del escritor ruso y prefiere las últimas. Esa opinión la mantendrá hasta el fin de sus días, ya que, por ejemplo, el 27 de noviembre de 1888, en una carta a August Strindberg, dice:

Que Zola no sea un autor dotado “para la abstracción” me recuerda a un traductor alemán de una novela de Dostoievski, el cual tampoco *estaba dotado* “para la abstracción”: simplemente había dejado sin traducir “*los raccourcis d'analyse*” —le “molestaban”... (KSB, 8, p. 494).

Podemos afirmar, por tanto, que Nietzsche leyó a Dostoievski en traducciones francesas, como si fuera un ingrediente especial y extraordinario de la cultura *parisina* del momento, en la que percibía sus efectos y su incidencia, cosa que, por lo común, se atribuye en exclusiva a Turguenev, asiduo visitante de los círculos de la capital francesa. Esa mediación y ese reconocimiento a favor del primero patentizan que el novelista ruso era considerado un factor capital de la cultura

DOSSIER



JOAN B. LINARES LA INTENSA RELACION DE NIETZSCHE CON DOSTOIEVSKI

europea del momento, de la mejor *cultura* del siglo, sirviéndonos de esta polémica palabra con toda exigencia y propiedad, como hubiera deseado el filósofo.

Esa postal de finales de marzo clarifica además una cuestión ambigua que el estudio de las ediciones francesas de las obras de Dostoievski confirma por entero, a saber, que el ejemplar que el filósofo descubrió en una librería y que llevaba el título de *L'esprit souterrain* contenía no sólo las *Memorias del subsuelo*, como se tiende a suponer, sino que en primer lugar recogía una novela breve del joven Dostoievski, titulada *La patrona*. Ese volumen francés de unas trescientas páginas daba más de lo que se podría esperar, pues lo componían dos obras, *dos relatos* muy distintos y distantes del escritor ruso, correspondientes a dos momentos claramente diferentes de su vida y de su arte. El hecho de que comenzase *en primer lugar* con dicho texto de juventud no es una circunstancia trivial, porque a Nietzsche le parece un motivo de alegría la posible coincidencia afortunada de que su amigo Peter Gast, un músico cuyas composiciones admiraba, hubiera iniciado sus lecturas del autor ruso como lo hizo él mismo, con este relato que manifiesta “una especie de música desconocida”. Así las cosas, aumenta el número de obras del ruso de las que podemos afirmar con certeza que Nietzsche conocía de primera mano, aunque no haya ejemplares de ellas en lo que se nos ha conservado de su biblioteca. A las tres ya citadas, *Memorias del subsuelo*, *Memorias de la casa muerta* y *Humillados y ofendidos*, hay que añadir *La patrona*, y otorgarle además, en opinión del filósofo, un lugar iniciático, de preeminencia, como umbral óptimo para adentrarse en Dostoievski y como obra “musical” que plantea una incógnita por su singularidad y su extrañeza, por su total carencia de ‘alemanidad’.

Como hemos podido comprobar, el descubrimiento de Dostoevski llevó al filósofo alemán a difundir el nombre y las obras del novelista entre sus conocidos, a interesarse por su vida y sus escritos, por las diferentes traducciones de sus originales, en una palabra, a transmitir el entusiasmo que sentía por él. En efecto, en una carta del 12 de mayo a Malwida von Meysenbug se encuentra este añadido: “En Zürich he ido a ver a la exquisita señorita von Schirnhöfer... entusiasmada, como yo, con Dostoievski” (KSB, 8, 71). Al día siguiente, el 13 de mayo, en la carta a Franz Overbeck, al devolverle un libro de Bleibtreu que su amigo le había enviado, le dice en tono crítico:

¡Y qué mezquindad psicológica, p. ej. en la breve negativa con la que considera la última obra de Dostoevski! (Precisamente el

que la sutileza y precisión psicológicas más elevadas no añadan nada en absoluto al *valor* de un ser humano, ése es exactamente el *problema* que a Dostoievski más le interesa: probablemente porque ¡lo ha vivido de cerca demasiado a menudo en las relaciones rusas! (Recomiendo en ese sentido además *L'esprit souterrain*, la pequeña obra de Dostoievski que acaba de traducirse al francés, cuya segunda parte ilustra de manera casi horripilante aquella paradoja *tan fáctica* (*sehr thatsächliche Paradoxon*) (KSB, 8, 74-75).

El *Gesamregister* de la edición crítica del epistolario nietzscheano precisa que esa “última obra de Dostoievski” a la que se alude al comienzo de la cita es *Schuld und Sühne*, esto es, *Crimen y castigo* (KSB, 8, 640). Parece ser, en efecto, que por entonces Nietzsche ya estaba familiarizado con esta gran novela, lo cual quedaría ratificado por este pasaje del 14 de octubre de 1888, de una carta a Heinrich Köselitz: “Los franceses han llevado a la escena la novela capital [*Hauptroman*] de Dostoievski [*Crimen y castigo*]” (KSB, 8, 451). De nuevo es el *Gesamregister* de la edición crítica de la correspondencia el que indica el título de la obra a la que Nietzsche se refiere, año y medio después de su comentario a Overbeck, una prueba más de la persistencia de su interés por la literatura de Dostoievski y por la suerte de éste entre sus amigos y en Francia, es decir, por la acogida que tiene ese escritor en la cultura francesa. Importa destacar que a mediados de mayo de 1887 Nietzsche ya se atreve a perfilar el “problema” central de la obra de Dostoievski y a indicar que para abordarlo las obras más recomendables son *Crimen y castigo* y *Memorias del subsuelo*, la segunda parte de la edición francesa de *L'esprit souterrain*. Quizá deberíamos añadir que la identificación de las referencias a las que remiten las dos cartas citadas podría significar simplemente que Nietzsche sabía de la existencia de esa novela fundamental, *Crimen y castigo*, pero que tal vez no llegó a leerla. Varios especialistas mantienen la cautela y tan sólo admiten la probabilidad de su lectura por parte del filósofo, o su posible asistencia a una representación teatral de una adaptación francesa de la novela.

Poco añade a lo expuesto el resto del epistolario que se nos ha conservado, las opiniones de Nietzsche sobre el novelista ya habían fraguado con solidez, véase para ello este fragmento, redactado el 4 de julio de 1887, de una carta a Hippolyte Taine:

Tampoco quiero olvidar que me alegró encontrar su nombre en la dedicatoria de la última novela del Sr. Paul Bourget: aunque el libro no me gusta —al Sr. Bourget jamás le será posible hacer un auténtico *agujero* fisiológico *en el pecho* del prójimo de manera creíble (una cosa así es para él meramente *quelque chose arbitraire* de la cual su delicado gusto seguramente le mantendrá alejado en el futuro. Pero ¿no parece que el espíritu de Dostoievski no deja ninguna tranquilidad a esos novelistas parisinos?) (KSB, 8, p. 106).

No obstante, el posterior intercambio de opiniones con Georg Brandes, el intelectual danés que dictó lecciones universitarias sobre su filosofía por vez primera y que, por saber ruso, conocía de primera mano la extraordinaria literatura de aquel país, nos permiten aseverar que Nietzsche también era consciente de que entre Dostoievski y él había no sólo una *afinidad instintiva*, un parentesco innegable, y de ahí el bienestar que le proporcionaban las obras del escritor, ratificación de sus hipótesis y descanso idóneo de sus ocupaciones, sino un *enfrentamiento profundo y persistente*, enraizado asimismo en sus respectivos talentos instintivos, en sus posiciones integrales de vida y de pensamiento. Los textos lo confirman, la carta a Georg Brandes del 20 de octubre de 1888 dice así: “Le creo por completo que precisamente “en Rusia” se puede “volver a vivir”; entre mis máximos alivios cuento con cualquier libro

DOSSIER



JOAN B. LLINARES LA INTENSA RELACION DE NIETZSCHE CON DOSTOIEVSKI

ruso, ante todo Dostoievski (traducido al francés, ¡no al alemán, por el amor de Dios!)” (KSB, 8, p. 457). Pero un mes después, el 20 de noviembre de 1888, otra carta a Georg Brandes reconoce lo siguiente:

Creo incondicionalmente sus palabras sobre Dostoievski, a quien considero, por otra parte, el más valioso material psicológico que conozco —le estoy agradecido de un modo extraño, aunque siempre va en dirección contraria de mis instintos más hondos (*immer meinen untersten Instinkten zuwider geht*).¹³

Hasta aquí, la *correspondencia* nietzscheana en sus manifestaciones sobre las lecturas que el filósofo hizo de Dostoievski en 1887 y 1888. Si resumimos lo que hemos ido exponiendo, podemos concluir, así pues, que Nietzsche leyó en traducciones francesas *La posadera* y *Memorias del subsuelo*, ambas en el libro titulado *L'esprit souterrain*; las *Memorias de la casa muerta* (*La maison des morts*); *Humillados y ofendidos* (*Humiliés et offensés*); seguramente *Crimen y castigo* (*Crime et châtiment*) y, por supuesto, *Los demonios* (*Les possédés*), de la que copió varios pasajes en sus cuadernos. Los especialistas mantienen serias dudas sobre la lectura directa de *El idiota* por parte del filósofo, si bien varios conceden, como Giuliano Campioni, que la fuente de sus conocimientos y referencias de esta obra proceden del libro de Eugène M. M. de Vogüé sobre la novela rusa, *Le roman russe*, publicado, como ya dijimos, en 1886, libro que consiste en una compilación de artículos, alguno de ellos dedicado íntegramente a Dostoievski, del influyente político e intelectual francés, residente durante años en San Petersburgo, que habían aparecido previamente en la *Revue des deux mondes*, revista muy estimada por Nietzsche. Incluso en abril de 1887 apareció un nuevo artículo de este autor sobre la novelística de Dostoievski que el filósofo bien pudo leer.¹⁴

Desde este panorama general debe comenzar el trabajo de lectura detallada de esas obras con las que se entabló el diálogo nietzscheano con el escritor ruso. Esa investigación requiere la consulta de las pioneras traducciones francesas que llegaron a las manos de Nietzsche, aunque no posean el rigor y la exactitud de las diferentes traducciones modernas que hoy día tenemos a nuestra disposición y a pesar de que aquéllas en ocasiones malinterpretan el sentido de los textos originales rusos. Para un escritor es fundamental el peso de las palabras, la fuerza de las metáforas, la sangre y la carne del pensamiento, y la prosa de Dostoievski influyó sobre Nietzsche a partir de determinados giros, de locucio-

nes y de opciones de vocabulario muy concretos, similares a los que encontró en las notas de Baudelaire o en el *Diario* de los Goncourt. A todo ello se añade otro factor de inquietante complejidad: en ocasiones, como sucede con la importante novela *Memorias del subsuelo*, que es el umbral de la madurez de Dostoievski y su primer gran combate contra el nihilismo, la versión francesa de esa obra que consultó el filósofo no es sólo un mera traducción de la época, con el típico sabor decimonónico, agradable y bastante acertado a menudo, lleno de fuerza expresiva, sino una adaptación muy libre, con graves injerencias por parte de los editores, intervenciones que implican añadidos, resúmenes y muchos cortes de diverso calibre, alguno de ellos de más de diez páginas del texto original. Se impone, por tanto, una labor pormenorizada que aporta nuevas enseñanzas y nos hace más conscientes de la importancia de las mediaciones en la constitución de toda filosofía, aunque sea tan original y radical como la que alumbra fragmentariamente el genio de Nietzsche. Pero para esa tarea hay que utilizar otra escala que ya no es la de una vista panorámica, que era el cuadro de conjunto que deseábamos reconstruir en esta ocasión. Si el lector se siente invitado a acompañarnos en esas otras excursiones textuales por los legados de Dostoievski y de Nietzsche, estas páginas habrán cumplido su objetivo.

NOTA: el autor desea agradecer a los organizadores del *Congreso Internacional sobre Nietzsche y la hermenéutica* (Valencia, Facultad de Filosofía y CCEE, noviembre de 2007) y del *XVII Congrès Valencien de Filosofia* (Valencia, Facultad de Filosofía y CCEE, marzo de 2008) el haber hecho posible este texto introductorio, que prosiguió con las lecturas nietzscheanas de *La patrona* y de *Memorias del subsuelo* en cada uno de ellos (los artículos correspondientes están en prensa, en *Estudios Nietzsche y Quaderns de filosofia*, respectivamente).

¹ Baste aquí un par de muestras que sintetizan décadas de investigación, el libro de S. GIVONE, *Dostoievskij e la filosofia*, Laterza, Roma-Bari, 1984 y 2006, pp. 161 y ss. en especial, y F. VERCELONE, *Introduzione a il nichilismo*, de, Laterza, Roma-Bari, 1992 y 2005, pp. 31 y ss., con la amplia bibliografía a la que ambos que remiten.

² Cf. F. NIETZSCHE, *El Anticristo*, 11 y 29, trad. de A. Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 1997, pp. 41 y 65 (en adelante, AC).

³ Cf. F. NIETZSCHE, *Fragmentos póstumos, Volumen IV (1885-1889)*, traducción, introducción y notas de J. L. Vermaal y J. B. Llinares, Madrid, Tecnos, 2006, pp. 458-465, en especial (en adelante, *Frag. Póstumos vol. IV*).

⁴ F. NIETZSCHE, *Crepúsculo de los ídolos*, ‘IncurSIONES de un intempestivo’, af. 45, titulado *El criminal y lo que le es afín*, trad. de A. Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 1998, p. 129.

⁵ Cf. F. NIETZSCHE, *Más allá del bien y del mal*, af. 23, trad. de A. Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 1997, pp. 48-49.

⁶ Cf. J. MONTOYA, *Reivindicació de la filosofia moral*, Universitat de València, 2007, pp. 29-30.

⁷ F. NIETZSCHE, *Escritos sobre Wagner*, ed. de J. B. Llinares, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, p. 238.

⁸ Véase la incidencia de Dostoievski en el concepto de “Dios de un pueblo” por ejemplo en AC, 16 y 17, pp. 45-48 y la nota 39, pp. 134-135.

⁹ F. NIETZSCHE, *Sämliche Briefe. Kritische Studienausgabe*, ed. de G. Colli y M. Montinari, Berlín, Munich/Nueva York, dtv/de Gruyter, 1986, vol. 8, p. 21 (en adelante, KSB).

¹⁰ F. NIETZSCHE, *Aurora*, ed. y trad. de G. Cano, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, p. 57.

¹¹ Cf. por ejemplo el aforismo 1 de ‘Por qué escribo yo libros tan buenos’, F. NIETZSCHE, *Ecce homo*, trad. de A. Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 1998, p. 64 (en adelante, EH).



DOSSIER



JOAN B. LINARES LA INTENSA RELACION DE NIETZSCHE CON DOSTOIEVSKI

¹² KSB, 8, p. 50. Esta carta documenta la recepción por parte de Nietzsche de un volumen, *Erzählungen von F. M. Dostojewskij*, con traducciones de W. Goldsmidt, Leipzig, Reclams Universal-Bibliothek, 1886, así como el hecho de que las comparase críticamente con las traducciones francesas que ya conocía, la de *La patrona* en concreto. Ese volumen en alemán contenía los cinco relatos siguientes: *Die Wirtin* (La patrona), *Cristbaum und Hochzeit* (Un árbol de Navidad y una boda), *Helle Nächte* (Noches blancas), *Der ehrliche Dieb* (El ladrón honrado) y *Weihnacht*. No sabemos si el interés por el arte de Dostoiévski pudo vencer los obstáculos de tener que vislumbrarlo a través de poco afortunadas versiones, tanto por su deficiente y redundante prosa como por su escasa fidelidad a los relatos originales; por consiguiente, no podemos concluir con certeza que el filósofo leyera el conjunto de todos estos cinco relatos, quizá no soportó su penosa traducción. Véase al respecto el ponderado artículo de Paolo Stellino, 'El descubrimiento de Dostoiévski por parte de Nietzsche', en prensa.

¹³ KSB, 8, p. 483. Las palabras de Brandes sobre Dostoiévski en la carta que le escribió a Nietzsche el 16 de noviembre de 1888 dicen así: "*Er ist ein grosser Poet, aber ein abscheulicher Kerl, ganz christlich in seinem Gefühlsleben und zugleich ganz sadique. All seine Moral ist was Sie 'Sklavenmoral' getauft haben*".

¹⁴ Cf. la nota 203 de la muy cuidada edición de Antonio Morillas de *L'Anticrist*, Barcelona, Llibres de l'index, 2004, pp. 239-240, así como el artículo de Paolo Stellino 'Jesus als 'Idiot'. Ein Vergleich zwischen Nietzsches *Der Antichrist* und Dostoiévskijs *Der Idiot*', en V. Gerhardt und R. Reschke, *Nietzsche und Europa – Nietzsche in Europa*, Akademie Verlag, Berlín, 2007, pp. 2003-210.